

lan la paz

pósito». Si quedó bloqueada, hace casi cuatro años, la formalización del depósito. A partir de ahora se seguirá renovando cada dos años, como es preceptivo. «Pero este depósito –advierte Pérez de Armiñán– tiene vocación de permanencia. El titular de los bienes es el Patronato del Monasterio del Escorial, pero el acuerdo reconoce que estas obras cumplen muy adecuadamente su función cultural en las salas de pintura flamenca e italiana del Prado». Y allí permanecerán definitivamente.

El secretario de Estado de Cultura, José María Lassalle, valoraba así el acuerdo para ABC: «Estamos realmente satisfechos de haber dado estabilidad y una solución mejor que la que existía antes de este problema. Todos nos reconocemos en la decisión. Así que podemos estar de enhorabuena».

El decreto de 1943

Pero, para entender esta historia, debemos remontarnos a los años 30. Desde entonces las cuatro obras maestras forman parte ya de la identidad del Prado. En 1936 tres de ellas llegaron al museo por orden de la Junta de Incautación, Protección y Conservación del Tesoro Artístico. Tres años antes, el 14 de enero del 33, había ingresado en la pinacoteca «El Jardín de las Delicias», por expreso deseo de Azaña. Tras el «exilio» forzoso a causa de la guerra, en 1943 la presidencia del Gobierno firmó un decreto por el cual se resolvía la naturaleza jurídica de las cuatro obras: quedaban en depósito temporal, pero indefinido –necesario, no voluntario– en el Prado. El decreto nunca fue derogado y, por tanto, seguía en vigor.

Con la aprobación de la ley de 1982 y el real decreto de 1987 que regulan el ente público Patrimonio Nacional, quedó establecido un trámite burocrático: el depósito de las cuatro obras citadas en el Prado debía renovarse cada dos años. Y así fue hasta febrero de 2012. Pero, con la llegada de Rodríguez-Spiteri al frente de Patrimonio Nacional, la cosa cambió, utilizando este asunto como arma arrojadiza contra el Prado, negando a este préstamos para exposiciones: dejó descabezada la muestra de Bernini y no permitió que «El Calvario», de Van der Weyden, restaurado en los talleres del Prado, prolongara su estancia en el museo un mes más.

Avalado por hasta cuatro dictámenes jurídicos, el Prado había enviado informes al Gobierno en los que hablaba de desmantelamiento, desamortización, desguace, expolio, atentando contra el museo, desgarrando de sus colecciones... Se lamentaban de que «sería desvestir a un santo (el Prado) para vestir a otro (el Museo de las Colecciones Reales)», se produciría una avalancha de reclamaciones, se abriría una puerta giratoria que facilitaría la salida de obras en todas las instituciones del país, empezando por el Reina Sofía y su «Guernica». Afortunadamente, la sangre no llegó al río.



Marina Perezagua, ayer antes de la entrevista en un céntrico hotel sevillano

RAÚL DOBLADO

Marina Perezagua

«En el relato corto se nota todo, no puedes engañar a nadie»

► La escritora sevillana afincada en Nueva York debuta en novela con «Yoro»

JESÚS MORILLO
 SEVILLA

La sevillana afincada en Nueva York Marina Perezagua es una voz prometedora dentro de la narrativa española, gracias, de entrada, a dos libros de relatos. La autora ha recibido elogios de Salman Rushdie, tras leer la traducción inglesa de sus cuentos, y ha compartido mesa de debate con Irving Welsh. Reside en Nueva York desde hace trece años y ha trabajado para la NY University hasta hace seis meses. «Era tanto trabajo que al final me enfermé. Era dejar la escritura o la universidad», señala la autora que ahora disfruta de una beca para escribir su segunda novela.

La primera, «Yoro» (Los Libros del Lince, 2015), acaba de publicarla y propone un viaje desasosegante y sin concesiones por la tragedia de H, una superviviente de Hiroshima marcada por los efectos de la bomba atómica y que se sumerge en el horror de la condición humana, con referencias reconocidas que van desde «El viaje al fin de la noche», de Céline, a «El Corazón de las tinieblas», de Conrad.

«Me interesa mucho empezar con el espíritu de la tragedia. Desde el principio se va a ver que algo terrible va a pasar, pero es inevitable», explica.

Hiroshima como metáfora del horror del siglo XX, que, reconoce Perezagua, «parece que se ha olvidado, aunque no hace tanto tiempo de ello y de la cantidad de armamento nuclear que existe». De hecho, el origen de esta novela es un relato incluido en «Leche» (2013), titulado «Little Boy», el sobrenombre que los soldados dieron a la bomba que se arrojó sobre la ciudad japonesa.

«Normalmente, cuando publico algo ya me olvido, pero una vez publicado ese relato seguía pensando en él, y me extrañaba muchísimo. Desde el principio la historia era una novela, tenía mucho más potencial del que yo pensaba, pero era más que nada porque me lo pedía la historia».

Ese fue el punto de partida de «Yoro», que su autora niega haberse tomado como un reto. «Yo estaba muy bien con el cuento, pero todo el mundo insiste con la novela. Disfruto mucho más escribiendo cuentos que novelas», señala. Perezagua suscribe la afirmación de Borges sobre que no necesitaba escribir una novela larga cuando podía expresar lo que quería en un relato de pocas páginas.

«El relato me atrae precisamente por eso. Las divagaciones descriptivas o de ambiente no me interesan

mucho, sino que la narración se rija, sobre todo, por la acción. Cortázar decía que el cuento era como una flecha y es así. Para mí es el género ideal, porque soy muy obsesiva de empezar y cerrar las cosas muy bien. Como soy tan perfeccionista, el cuento se acopla a mi forma de pensar. Además, en el relato corto se nota todo, no puedes engañar a nadie».

El Estrecho a nado

Junto a la necesidad de desarrollar literariamente la historia de «Yoro», Marina Perezagua señala otra circunstancia que influyó para dar el salto: la decisión de la autora de dejar el buceo libre o apnea en favor de la natación de larga distancia. «Como en los entrenamientos es donde pienso las historias, pues creo que al estar tantas horas entrenando, me pedía algo de más aliento», asegura.

El pasado junio, la escritora superó el reto de cruzar a nado el Estrecho de Gibraltar y se plantea hacer ahora el Canal de la Mancha. «Tengo tanto trabajo en Nueva York que me obligo a nadar todos los días, porque si no te vuelves loco. Nadar es una maravilla, pero tienes que ir todos los días. Con la escritura es un poco igual. A mí me resulta bastante esclavo, me encanta, pero es muy rutinario».

¿Echa de menos Sevilla? «Cuando vengo digo: ¡Madre mía! ¿Pero qué hago yo? Es muy duro», afirma.